

## *Inauguración Campus FAES 2024*

MADRID, 23 DE SEPTIEMBRE DE 2024

**B**ienvenidos al Campus FAES 2024. Esta es una cita ineludible para la fundación; no solo porque se colme cada año la cosecha de acontecimientos que venimos a estudiar, sino por lo grato de ver a tantos amigos acompañándonos con la fidelidad de siempre.

Quiero agradecer a todos vuestra presencia; a los asistentes de hoy, y al gran número de inscritos que nos acompañarán en jornadas sucesivas.

Me complace poder saludar al embajador Bolton; esta fundación se honra mucho teniéndole hoy aquí. Soy consciente del interés que suscita su presencia y por eso le agradezco singularmente su amabilidad aceptando nuestra invitación. Estamos encantados de que nos acompañe, embajador.

Vamos a dedicar cuatro días a reflexionar sobre “lo que nos pasa”. Recordando aquello de Ortega: “No sabemos lo que nos pasa y eso es precisamente lo que nos pasa”.

El vértigo y la prisa quitan perspectiva. Por eso conviene de vez en cuando parar y mirar en torno. Para saber dónde estamos y hacia dónde nos dirigimos.

Las preguntas nos las hacemos nosotros, españoles y europeos del siglo XXI. Nuestra mirada necesariamente se abre a una perspectiva radicada aquí y ahora: desde una España integrada en la Unión Europea.

Amigos, cuando tanto se habla del “retorno de la historia”, en Europa podemos decir que su regreso se ha hecho notar: el Brexit, la pandemia y la

invasión de Ucrania representan esos acontecimientos que, para Harold Macmillan, eran lo más temible en política.

Todos ellos han impactado de forma muy notable en la política comunitaria.

La pandemia forzó un parón económico universal; se improvisaron medidas de excepción afectando la normalidad institucional los Estados.

Los sistemas sanitarios sufrieron una prueba de estrés inédita y hubo que afrontar respuestas que redundaron en una hipertrofia del sector público y un intervencionismo de urgencia, masivo y sujeto a controles precarios.

Se entró en una dinámica de suspensión de reglas fiscales, recurso ilimitado al déficit, endeudamiento sin sujeción a condicionalidad alguna...

En suma, una auténtica barra libre de gasto público para “encender” un motor económico gripado tras decretarse el cierre de la producción.

Los Gobiernos se instalaron en una excepcionalidad muy cómoda para gastar sin tasa, endeudarse sin responsabilidad y legislar sin control.

Ahora, el nuevo Parlamento y la nueva Comisión tendrán que asentarse sobre una nueva realidad, tanto como sobre una nueva relación de fuerzas.

Espero y deseo que la familia política del Partido Popular Europeo haga valer su condición de primera fuerza para estibar la nave de la Unión, ponderando bien el peso de cada cual.

Europa necesita una fuerza central capaz de afrontar retos que ya están aquí con firmeza prudente, desde una posición fiel a su historia y capaz de liderar los debates que se susciten, articulando mayorías viables al servicio de la libertad.

Esta es la posición de partida. Desde aquí, ¿qué rumbo tomar? Yo diría que el futuro de Europa depende del respeto a una premisa básica y de cinco factores que determinan la viabilidad de todo cuerpo político.

La premisa: la Unión Europea se configura como una comunidad de Derecho. El imperio de la ley, lo que llamamos Estado de derecho es un rasgo esencial de la civilización europea: someter el poder a normas jurídicas en garantía de la libertad de los ciudadanos.

Por otra parte, hay cinco grandes factores de viabilidad política: demografía, capacidad económica, capacidad tecnológica, capacidad militar y vitalidad cultural. De todo ello nos ocuparemos en este Campus.

En primer lugar, es imperativo el fortalecimiento del Estado de derecho. El deslizamiento hacia formas iliberales de democracia, el efecto corrosivo de los populismos, las tentaciones autoritarias, son, también en Europa, factores graves de deterioro institucional.

En España —una democracia parlamentaria—, hemos oído al presidente del Gobierno anunciar su intención de prescindir del poder legislativo. Es decir, de gobernar al margen de la institución que lo investió y que tiene encomendada constitucionalmente la tarea de controlarlo.

Se nos dice, sin rubor, que debemos normalizar el coma presupuestario y la eutanasia del Parlamento, tomándolos como síntomas de vitalidad democrática.

Es llevar demasiado lejos el humor negro. Y lo peor es que aquí, cuando se anuncia un propósito tan dudosamente democrático, no hay que responder con juicios de intenciones; con hacer balance sobra.

En España se gobierna de espaldas al Parlamento desde hace más de seis años. Lo del presidente no es un anuncio, es una memoria de actividades:

Hemos vivido dos estados de alarma inconstitucionales; hemos visto cómo se laminaban competencias del Senado; llevamos años asistiendo a la arbitrariedad hecha rutina y al desmontaje —paulatino, pero inexorable— de contrapesos institucionales.

Un Ejecutivo débil abusa, violentando el Derecho, de la prima que confiere el hecho de ser Gobierno.

Aquí, un Gobierno se dispone a prolongar una legislatura bloqueada de espaldas al Parlamento.

¿Se ha reaccionado en serio desde los escaños del “bloque de investidura”? Habrá que preguntarse por qué no.

Será que quienes sentaron al Gobierno en el banco azul lo quieren ahí para completar una tarea demoledora: derogar el Derecho pervirtiendo la legalidad.

La ejecutoria gubernamental revela hasta qué punto Moncloa es ya una delegación madrileña del secesionismo.

Una vez completado con la amnistía el ciclo de la impunidad, los secesionistas mantienen con vida al Gobierno para acabar el trabajo.

Además, les une un pegamento de acción rápida: el objetivo de impedir cualquier posibilidad de alternancia.

¿Qué tiene que ver este diseño con el Estado de derecho y el normal juego democrático? Eso importa muy poco a los que levantaron el tinglado para encaramarse sobre él.

Y ahora toca la “financiación singular”. Es decir, toca amenazar gravemente el pacto constitucional y el modelo de Estado autonómico.

Porque el acuerdo con ERC, consumado, operaría una mutación del régimen autonómico y de los equilibrios de solidaridad financiera que lo materializan.

No estamos ante una polémica regional: aquí tocamos hueso constitucional. Están en juego la igualdad de los españoles ante la ley y la cohesión económica, política y social de la nación.

Cosas, todas ellas, imposibles de negociar bilateralmente; y, mucho menos, en un cuarto a oscuras.

Mientras tanto, la colonización institucional y la ocupación partidista de órganos que debieran ser independientes dan pábulo al bochorno cotidiano.

Julio Camba podría volver a escribir que el nepotismo socialista, abusando de los enchufes, asimila de nuevo el Estado a una “central hidroeléctrica”.

Sentada la premisa del Estado de derecho como marco institucional irrenunciable, lo que llamo factores de viabilidad son también los grandes retos estratégicos del futuro europeo.

La crisis demográfica es ya muy visible en nuestros mercados de trabajo y lo será más aún con la jubilación de la generación del “baby boom”.

Nuestra demografía declinante es un síntoma que debiera preocuparnos. El más somero repaso histórico confirma una verdad: las sociedades perduran cuando se consagran a las generaciones futuras, y se derrumban cuando los vivos consumen la herencia de los que aún no han nacido...

El factor demográfico está detrás de muchos fenómenos de grave tensión social; por ejemplo, los flujos migratorios.

Nos jugamos, en la ejecución del nuevo marco europeo de inmigración y asilo, acertar en el enfoque de la inmigración en lo que tiene de problema y en lo que tenga también de solución.

En Europa hay experiencias suficientes de cómo la inmigración puede ser un motor de crecimiento o un problema por falta de integración.

Será una cosa o la otra según tratemos a cada inmigrante como lo que es: una persona libre y responsable, que debe cumplir la ley y adaptarse a las normas desde el momento de su llegada, o como parte del “colectivo de los distintos”, para, una vez usado como pretexto de nuestra pose buenista y multicultural, desentendernos de él y abandonarle a la marginación.

No es menor el desafío económico que tenemos por delante. Europa tiene que retomar una senda de equilibrio en los presupuestos nacionales, y generar un mayor crecimiento que permita financiar el coste creciente de su modelo de bienestar.

La Unión debe ser consciente del entorno de competencia global en el que opera. Muchos programas tendrán que adecuarse a esta ineludible realidad; otros tendrán que someterse a una rigurosa evaluación que dé cuenta de su rendimiento efectivo: el empleo nacional de los fondos *Next Generation*, por ejemplo, debe ser contrastado, evaluado y publicado.

Europa pierde posiciones respecto a sus competidores globales. El informe encargado por la Comisión a Mario Draghi sobre “el futuro de la competitividad europea” habla de una “lenta agonía” si no se reacciona pronto.

La de una lenta agonía es también la sensación de muchos emprendedores enfrentados a un marco regulatorio asfixiante.

Muchos tienen la sensación de transitar de un sistema de mercado, en que el principal reto de una empresa es satisfacer a sus clientes negociando con sus proveedores, a otro sistema económico, en el que el primer reto de un empresario es satisfacer la normativa negociando subvenciones.

Ya se trate de la agricultura, de los proyectos de “restauración de la naturaleza”, o de algunos diseños sobre transición energética, nuestra competitividad acaba minada muchas veces por decisiones propias.

Hay que oponerse a los programas de decrecimiento. No debería aprobarse ningún proyecto que obstaculice la producción y el crecimiento económico.

No se concibe que Europa, Japón o Estados Unidos persistan en una inercia que en el medio plazo conduce a deudas que desbordan por completo

sus capacidades productivas, gobiernos limitados a mantener clases pasivas y economías sin espacio para el dinamismo, el crecimiento o la juventud.

Amigos, los principios de una sana economía han sido calumniados: se daban por anticuados y solo eran antiguos, es decir, acreditados por el tiempo. Una moneda sana y sólida no es ninguna “ilusión”; un presupuesto equilibrado, no puede ser despreciado como “fetichismo fiscal”; ni el temor a la Deuda despachado como “sospechoso”.

Amigos, este año se cumple el centenario de un gran liberal: Jean-François Revel. Abordando estos temas conviene recordar su advertencia: “uno de los juegos de manos del arte de eludir la realidad consiste en achacar al liberalismo los estragos debidos a la economía administrada”.

La intervención pública en la economía, acogida como panacea y ración cotidiana por los defensores del estatismo, simplemente representa para quienes seguimos creyendo en la libertad la respuesta a situaciones específicas y, por tanto, transitorias: una medicina amarga cuyo abuso puede intoxicar.

El futuro de Europa dependerá también de estar a la altura del desafío tecnológico que supone la Inteligencia Artificial.

Debemos ponderar las oportunidades y los riesgos que las nuevas herramientas tecnológicas nos brindan.

No podemos descolgarnos del progreso, ni de una competición en que la IA ha quedado integrada en los métodos productivos de cualquier potencia desarrollada.

Y, al mismo tiempo, tenemos que ser conscientes de los riesgos implicados. La inteligencia artificial ha alcanzado un nivel sin precedentes. ¿Se trata de una innovación emancipadora o de una esclavitud tecnológica?

No hace mucho, cientos de expertos mundiales firmaron un llamamiento a detener por seis meses la investigación de inteligencias artificiales más potentes que la cuarta versión del Chat GPT, alegando “riesgos importantes para la humanidad”.

Asistimos a una revolución que plantea numerosas cuestiones éticas y jurídicas. ¿Tiene la política europea los recursos para reaccionar ante este maremoto mundial? De ello trataremos también en este Campus.

El siguiente desafío es, sin duda, el de nuestra seguridad colectiva. Una guerra en la misma Europa; un conflicto en Oriente Medio con actores implicados tan peligrosos como Irán; unas elecciones presidenciales en

Estados Unidos, de horizonte incierto para la relación transatlántica y la OTAN...

Europa no puede eludir una respuesta audible y comprensible a nivel global, si no quiere verse reducida de su condición de actor histórico a la de paisaje histórico.

Sin duda eso pasa por actualizar, “al nivel de los tiempos”, nuestro potencial militar y, por tanto, nuestro gasto en defensa. En el mundo de hoy cualquier irenismo ingenuo se paga muy caro.

Rusia y China no dejarán de ser, de la noche a la mañana, una prueba de fuego para la cohesión interna de la Unión; un recordatorio de que, en el mundo de hoy, se acabó el narcisismo autorreferencial.

Latinoamérica debe concitar la atención que merece; por sí misma y por la gravedad del deterioro democrático que sufre la región. Ningún amigo de la libertad, y mucho menos si es español, puede permanecer indiferente cuando tantos pueblos hermanos padecen por su causa.

En mi enumeración relacioné en último término el cultural como factor de viabilidad. No porque me parezca el menos importante.

Europa es, antes que nada, una civilización. Si traicionase los valores que la hacen reconocible, no tendríamos que seguir hablando de su viabilidad, porque habría dejado de existir.

Antes aludí al centenario de J.-F. Revel. Todos recordáis el arranque de su libro *El conocimiento inútil*: “la primera de todas las fuerzas que dirigen el mundo es la mentira”. Una frase de plena actualidad.

Ahora que se pone en la diana al periodismo crítico e independiente —es decir, al periodismo—, quiero concluir con un recuerdo a la figura de quien nunca arrió el estandarte de la libertad y el periodismo insobornable.

Revel nunca hizo una defensa ‘corporativa’ de la prensa. Muchas veces denunció la responsabilidad de periodistas e intelectuales. Por ejemplo, en la ocultación de los excesos y crímenes del comunismo: primero silenciándolos y luego, cuando eran inocultables, mirando para otro lado.

Revel alertó siempre contra la perversión en el uso del lenguaje. Un mecanismo que nos es abrumadoramente familiar.

La manipulación que sirve, por ejemplo, para denominar “regeneración democrática” a la mediatización de la prensa; “financiación singular” al privilegio fiscal; “máquina del fango” a la expresión de un pensamiento crítico o a la denuncia de cualquier chanchullo obscuro.

Es el vergonzoso método de ocultación que consiste, si hablamos de Venezuela, en insinuar que se media en pro de una hipotética democratización futura mientras se ayuda a liquidar la agónica libertad presente, fruto del coraje opositor.

El Muro de Berlín fue derribado –no cayó solo– en 1989, revelando al mundo la miseria que provoca la utopía socialista.

Duró tanto en pie porque contó con el silencio cómplice de unos y la pasividad de otros. Y es que para derrumbar todos los muros de la mentira hay que atreverse a decir la verdad:

Hay que llamar dictaduras a las autocracias; hay que llamar cómplices a los que colaboran sosteniéndolas con excusas o silencios; y hay que llamar presidente electo a Edmundo González, porque ganó unas elecciones presidenciales sorteando el fraude y la violencia.

Amigas y amigos, estos días trataremos de comprender lo que nos pasa. Trataremos de comprender rápido para actuar útilmente. Estudiaremos qué hacer para no ser contados entre los que Revel remitía al “cementerio de lucideces retrospectivas”, por no haber tenido el valor de tomar decisiones a tiempo.

Siendo la situación difícil, no esperemos hallar soluciones fáciles. Seguramente, las reformas que pongan en pie una Europa y una España renovadas no lo serán.

Recordamos lo advertido por Tácito: que “por la condición de la debilidad humana, los remedios obran más lentamente que los males; y así como el cuerpo crece lentamente, pero se extingue con rapidez, también es más fácil asfixiar el talento y la competencia que restaurarlos”.

Pero todos los aquí reunidos sabemos también que la verdad es más fuerte que la mentira; y que la verdad y la libertad, si dan la cara, son perfectamente capaces de batir en retirada a la mentira y al servilismo.